El Perdón y La Purificación

© 2014 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio –gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas

Primera edición: septiembre 2014

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Ave. El Rosario, polígono “R”, #25, Jardines de Merliot,
Ciudad Merliot, Santa Tecla.

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:
josuegalan@hotmail.com
asesalegal@gmail.com

EL-011014-003

EL PERDÓN Y LA PURIFICACION

INTRODUCCION:

Hablar acerca del Perdón y la Purificación es un tema un tanto oscuro, poco profundizado y desconocido por la mayoría de los hijos del Señor en este tiempo. Tal oscuridad e ignorancia se debe en gran parte a la manera errada en la que se predica el Evangelio. Una gran mayoría de cristianos creen que como ya fueron perdonados para vida eterna, ahora deben buscar ser purificados, entendiendo ellos como purificación: el cambio de los hábitos y las cosas que externamente son consideradas malas, inapropiadas y pecaminosas. Otra buena cantidad de cristianos optan por irse al otro extremo, es decir, se vuelven “libertinos”; éstos son los que creen que pueden vivir deliberadamente en su pecado, pues, a conveniencia propia proclaman que hay sangre suficiente para poder ser perdonados de los pecados. Tales planteamientos y posiciones no son una verdadera solución bíblica a nuestros pecados. Según la Escritura, podemos decir que Dios ya perdonó nuestros pecados, sin embargo, cada día debemos buscar ser purificados. En otras palabras, hay una situación que se hace efectiva al ir a nuestro pasado en Cristo y otra que la debemos buscar en nuestro vivir diario delante de Él. Es el sentido de lo que dice *Romanos 6:17* “*Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, os hicisteis obedientes de corazón a aquella forma de enseñanza a la que fuisteis entregados; v:18 y habiendo sido libertados del pecado, os habéis hecho siervos de la justicia*”.

Por las razones antes expuestas es menester para todo creyente entender el camino que Dios ha diseñado para solucionar las obras pecaminosas. Lastimosamente, muchos carecemos de tal conocimiento. Es necesario, por lo tanto, que busquemos el conocimiento en cuanto a la manera en la que debemos solucionar nuestros pecados, problemas y errores delante del Señor. Tal vez muchos ya conocemos al Señor de muchos años, pero quizás hasta la fecha no hemos logrado comprender con tanta claridad este asunto. Estudiaremos acerca de esta temática basándonos mayormente en *1 Juan 1:7 – 2:2*.

Muchos, erróneamente, tienen la experiencia de querer solucionar sus pecados delante del Señor en diferentes dimensiones de llanto y de clamor. Si sienten que su pecado es “chiquitito”, sólo hacen una oración “chiquitita” diciendo: “Señor, perdóname”; si ese día por casualidad hay reunión de santa cena, con toda confianza se reúnen con los hermanos, participan del pan y del vino de lo más normal, pues, su pecado fue casi insignificante. Ahora bien, si ese día cometieron un “pecadote”, la forma de tratarlo será diferente al “pecado chiquitito”. Para empezar, se apartan de los hermanos, es más, si ese día hay santa cena, mejor ni asisten a la reunión, si no que se van a su casa a llorar, a pedirle perdón al Señor y a clamar misericordia a solas. Ellos creen que debido a que su pecado ha sido demasiado grande, necesitan encerrarse, estar solos, llorar mucho, mejor si se puede ayunar, y sentirse muy culpables de lo que hicieron porque creen que, sólo así, Dios les perdonará sus pecados. Entre más entristecidos se sientan por lo que hicieron, creen que obtendrán más rápido el perdón de Dios. A muchos no les cabe en su mente que esos “pecadotes” (así de grandes), al igual que los “chiquititos”, puedan ser solucionados en cuestión de

minutos. Probablemente la mayoría hemos querido solventar nuestros pecados de una manera errada, sin embargo, ¿Qué nos enseña la Biblia? ¿Qué quiere Dios que hagamos cuando cometemos pecado? El Señor quiere que nos demos cuenta que Él ya solventó nuestros pecados en la cruz del calvario.

Cuando nos damos cuenta que alguien tiene problemas de pecado, inmediatamente le decimos: “*Pídale perdón al Señor...*”, la buena nueva es que Dios “no nos perdona (hoy), si no que ya nos perdonó hace dos mil años”. Alguien podrá decir: “Sí, es cierto que el Señor ya nos perdonó nuestros pecados pasados” pero ¿Qué pasa si yo peco hoy? Pues, la respuesta es la misma: “El Señor ya lo perdonó”. ¿Y si peco cien veces más mañana? La respuesta una vez más sería de igual forma: “ya está perdonado”. Eso es lo que dice la Biblia, pero ante la experiencia, esto se vuelve muy difícil creerlo. Una de las razones principales por las cuales vivimos intrigados con esta situación es precisamente porque no entendemos cómo trata el Señor la problemática del pecado.

DESARROLLO:

Vamos a leer lo que dice el Apóstol Juan:

1ª Juan 1:7 “...mas si andamos en la luz, como El está en la luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado. v:8 Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. v:9 Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad. v:10 Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a El mentiroso y su palabra no está en nosotros. 2:1 Hijitos míos, os escribo estas

cosas para que no pequéis. Y si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. v:2 El mismo es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero”.

1.- PARA NOSOTROS, NORMALMENTE LA SITUACIÓN DE LOS PECADOS ESTRIBA EN EL ACTO MISMO DE LAS OBRAS PECAMINOSAS QUE HACEMOS.

Lo que queremos decir con este enunciado es que normalmente nos sentimos en conflicto con Dios cuando nuestra situación nos indica que hemos cometido actos y obras pecaminosas y, erróneamente, la mayoría creemos que si no hemos cometido pecados, todo está bien. Casi llegamos a creer que cuando nos acostamos a dormir nos volvemos santos y cuando nos levantamos se nos mete de nuevo el diablo. La mayoría de nosotros pensamos que todo el conflicto que tenemos con Dios es a causa de todas las cosas malas que hacemos, por lo que caemos en la trampa religiosa de querer dejar de hacer lo malo. Hermanos, no se trata solamente de solucionar las “malas obras” que hacemos, sino de arreglar un problema más grande que tenemos al cual, el Señor, sí le pone atención.

2.- EL PROBLEMA DE NO SENTIRNOS PERDONADOS NO SE ORIGINA EN DIOS.

El problema y la angustia que nos causa el querer sentirnos perdonados tampoco es a causa de que Dios se sienta molesto con nosotros. Hermanos, dice la Escritura que el Señor ya solucionó el asunto de nuestros pecados. Él no se ve enconflictado por nuestras malas obras. La obra de Cristo en la

cruz del Calvario fue perfecta al punto que anuló el problema del pecado de una vez y para siempre. Dice *1 Juan 2:2* “*Y Él es la propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*”.

La versión de La Biblia de las Américas dice: “*El mismo es la propiciación...*” y la palabra “propiciación” tiene una nota de llamado para entender esta palabra como “Satisfacción”. Esto quiere decir que cuando Cristo ofrendó su cuerpo en la cruz, esa obra fue tan perfecta, que satisfizo el corazón del Padre. Para Dios fue tal la obra del Hijo a favor de nuestros pecados que la única solución que tenemos para nuestros pecados delante de Dios, hasta el día de hoy, es la misma muerte de nuestro Señor Jesucristo, evento que sucedió hace dos mil años.

Si usted le hiciera una ofensa a algún hermano y le dijera: “hermano, recíbame estos \$100.00 por causa de mi ofensa y así los dos nos quedamos tranquilos”, muy seguramente el hermano ofendido le contestaría: “si cada vez que me ofenda me va a dar \$100.00, oféndame las veces que quiera”, pues, con ese dinero cualquier persona queda satisfecha. Pues, más o menos esto es la propiciación, es la satisfacción que obtuvo Dios con la muerte de nuestro Señor Jesucristo; tal sacrificio fue suficiente para satisfacer la justicia divina. Esta ofrenda fue propicia y tan plena que *no sólo satisfizo el corazón de Dios por nuestros pecados, sino también por los del mundo entero*. Entonces el asunto del pecado ya fue solucionado por el Señor desde el día que Él se entregó como ofrenda en la cruz.

El Apóstol Juan nos muestra que el problema, cada vez que pecamos, no es propiamente que el Señor se molesta con nosotros, sino que nosotros nos alejamos de Él. Él ya perdonó

nuestros pecados, somos nosotros los que no tratamos bien el asunto y terminamos fuera de la comunión con Dios. Dice la Escritura en *Romanos 6:23* “*Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*”. Estar en una situación no solvente ante el pecado es estar en una esfera de muerte en nuestro propio ser, ya que la paga del pecado es la muerte.

Además, dice *Romanos 8:13* “*porque si vivís conforme a la carne, habréis de morir; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis*”. ¿Qué le pasa a un cristiano que vive conforme a la carne? Acabamos de leer que tal creyente tarde o temprano morirá. Si a un creyente su carne le pide licor todo el tiempo y él accede, ¿Qué le va a suceder? Obviamente se va a morir. Si a otro, su carne le pide asuntos sexuales ilícitos y todo el tiempo accede, ¿Qué le sucederá? También morirá. Si a una hermana su carne la inclina al chambre y usted siempre la escucha, ¿Qué les sucederá a ambos? También morirán. Es a causa de esto que nosotros muchas veces terminamos fuera de la comunión con Dios, y por ende, terminamos muriendo. Al hablar de morir, no nos referimos, precisamente, al hecho de que nuestros restos mortales quedarán en el cementerio, sino a la esfera de separación que se puede llegar a formar, en nuestra relación con Dios, a causa de nuestra condición pecaminosa. Pongamos mucha atención a esto, una vez más ratificamos que aún siendo creyentes y genuinos hijos de Dios, podemos terminar fuera de la comunión con Él, en una esfera de separación y de muerte espiritual en nuestro propio ser. Es a causa de esto que se vuelve sumamente necesario que entendamos lo que el Apóstol Juan nos dice sobre la purificación y el perdón de nuestros pecados.

3.- LA PURIFICACIÓN

1 Juan 1:9 “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

1 Juan 2:1 “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis...”

El Apóstol escribió estas cosas para que “no pequemos”.

Antes de desarrollar este punto pongamos atención a lo siguiente. Hubo un hombre de Dios llamado Sansón que se mantuvo jugueteando con el pecado por mucho tiempo, y a causa de sus dones, siempre decía: “*Esta vez saldré como las otras y escaparé*” (Jueces 13-16) ¿A cuántos les suena familiar esta frase? ¿A cuántos les ha pasado esta mala experiencia? A Sansón se le hizo muy normal y sencillo llegar a intimar con Dalila, es más, él llegó al punto de enamorarse de ella; a sabiendas que era una mala mujer. Era obvio que Dalila lo quería entregar a los filisteos, por eso cada vez que ella accedía a estar con él, la recompensa que ella le pedía era saber el secreto de su fuerza. Sansón miraba la mala intención de esta mujer Dalila, sin embargo, llegó a estar tan seducido por ella que se quedaba dormido en su casa confiadamente. Sansón se había acomodado tanto a ese estilo de vida, que no le importaba el mal corazón de Dalila. Esta mala mujer le rogaba a Sansón que le dijera el secreto de su fuerza y lo que él hacía era decirle una mentira diferente y sabía cada vez que despertaba, rodeado de filisteos y amarrado según como le decía a Dalila, vez tras vez, él se desataba, mataba a los filisteos y lograba huir. Esto se le convirtió a Él en su estilo de vida, al punto que él llegó a decir: “*Esta vez saldré como las otras y escaparé*”. Sansón nunca reparó en la

maldad y la traición de Dalila; y no porque fuera ingenuo de no darse cuenta el mal que ella quería provocarle, si no que era tanta la pasión que Sansón tenía hacia ella que no le importaba jugar con fuego. ¿Por qué a pesar de que sabía que Dalila no era honesta con él, nunca buscó otra mujer? Lo que sucedió es que él llegó a confiarse de que vez tras vez siempre salía librado de tal relación pecaminosa. Esto es una muestra de lo que también nos sucede a nosotros con el pecado. Muchas veces pecamos, luego nos sentimos mal, vamos con Dios, le pedimos perdón, sin embargo, volvemos a pecar nuevamente, y cada vez, de manera más deliberada. Muchas veces pensamos como Sansón: “esta otra vez saldremos como las otras y escaparemos”. Esto se da porque de alguna manera nuestro ser encuentra satisfacción en el pecado. ¿A cuántos les ha pasado que en el intento de dejar de pecar, pecan más? Si no tenemos respuesta a tal interrogante es porque no hemos entendido lo que Dios quiere que hagamos cuando pecamos.

El Apóstol Juan dice:

1 Juan 2:1 “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis...”

1 Juan 1:7 “... y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”.

Esta palabra “limpia” (que está subrayada) debemos de entenderla un poquito más a fondo en su significado etimológico, ya que va más allá del concepto que nosotros tenemos de “limpieza”. Acerca de esto, precisamente, dice el Compendio del Diccionario Teológico del Nuevo Testamento: “*limpia*”, pertenece a un grupo de palabras homogéneas que tienen un significado relativo a la “*limpieza o pureza física*”. Se usa esta palabra en el Nuevo Testamento también para algo *religioso y moral*, en sentidos como “*limpio, libre de mancha o de*

vergüenza”, y también de manera específica quisiéramos resaltar un uso como *“libre de adulteración”*. La palabra, “limpia”, que se menciona en el verso anterior, sí, tiene que ver con una limpieza pero también con algo que está libre de adulteración; en otras palabras está relacionada con algo *“puro”*. De allí que se diga, por ejemplo, “véndame crema pura”, lo que quiere decirse es “crema que no se ha mezclado con nada”, es decir, no está adulterada, es tal como debe de ser.

En la Versión Reina Valera de 1960 esta palabra se usa bajo las connotaciones habituales de: “limpio, libre o inocente”. Tal limpieza o pureza es algo que se le exige a la comunidad neotestamentaria. Esto se refiere a algo moral y personal. Consiste en una dedicación en la que le permitimos a Dios que renueve el ser interior. ¿Qué significa, entonces, “nos limpia de todo pecado”? Consiste en permitirle a Dios que renueve nuestro ser interior. La pureza del corazón está muy por encima de la pureza de las manos y cualquier otro miembro físico exterior.

Si volvemos a leer nuevamente, bajo este entendimiento, dice *1 Juan 1:7* “*pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*”. ¿Qué es lo que en realidad nos está diciendo el Apóstol Juan? Que nosotros, como hijos de Dios, debemos de buscar no que nos perdonen, sino que nos purifiquen. Para efectos de tener más claridad, si usamos la palabra “purifica” en lugar de “limpia”, diría: “*y la sangre de Su Hijo nos purifica...*” Este sería el sentido más profundo y acoplado al original. “Purificar” significa “limpiar algo para volver a dejarlo en su estado original”. Veámoslo por medio de un ejemplo sencillo: Si alguien ha utilizado un cucharón (utensilio que sirve para hacer comida) como una pala para

arreglar sus macetas en el jardín, después de haberle dado tal uso, puede llegar a dos conclusiones: 1) Limpiarlo de manera rápida y superficial, pero no usarlo más para cocinar debido a toda la suciedad a la que estuvo expuesto en la tierra. Podemos decir que ese cucharón quedó limpio pero no purificado. 2) Limpiarlo exhaustivamente; primero le pasa bien un paste, luego le echa desinfectante y finalmente lo pone en agua caliente por un buen tiempo, después de eso lo vuelve a colocar entre sus utensilios de cocina porque quiere seguirlo usando para hacer comida. Esta segunda opción no sólo fue una limpieza, más bien fue una purificación. Esto es lo que Dios quiere hacer con nosotros, no solamente limpiarnos, sino purificarnos. Él quiere que aparte de que dejemos de pecar, también le seamos instrumentos de justicia. Vamos a ver un pasaje que nos muestra este concepto:

Romanos 6:17 “Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, os hicisteis obedientes de corazón a aquella forma de enseñanza a la que fuisteis entregados; *v:18* y habiendo sido libertados del pecado, os habéis hecho siervos de la justicia”.(LBLA) Esto que acabamos de leer encierra el concepto de la purificación, es decir, que habiendo sido libertados del pecado, ahora nos hagamos siervos de la justicia. Muchas veces nosotros creemos que solucionamos nuestros pecados para con Dios cuando oramos y le pedimos perdón y luego de haber hecho tal oración creemos que Dios accede a darnos el perdón. Hermanos, tal actitud está completamente errada, porque mucho antes de que le oremos a Dios pidiéndole perdón, Él ya nos había perdonado ¿Cómo y cuándo nos perdonó Dios? En la cruz del Calvario hace dos mil años. Claro, que esto sea así, no quiere decir que usted no tenga problemas que solventar para con Dios, pero una cosa es el perdón de los pecados y otra cosa es la purificación. Dios no sólo

está interesado en perdonar los pecados, si no en restaurar al pecador, es decir, Él quiere que ya no pequemos.

4.- LA PURIFICACIÓN IMPLICA UNA PUREZA QUE NOS LLEVA A UNA CONSAGRACIÓN.

La palabra “limpiar o purificar”, que estamos estudiando, efectivamente es una limpieza pero que además, implica una pureza interior, la cual, a su vez nos lleva a una consagración a Dios. Esta es la purificación que debemos buscar. También podríamos decir que, la purificación, es la condición que el Señor espera que nuestra vida tenga para estar en armonía con el vivir de Cristo en nosotros, de manera que dicho vivir tenga el medio propicio para desarrollarse eficazmente. ¿Será que el Señor nos quiere purificar para que seamos mejores? Definitivamente que no. Usted no puede, ni podrá mejorar, ni siquiera lo piense. Él quiere purificarnos para que nuestro ser armonice con el vivir de Cristo en nosotros.

El proceso normal del creyente debe ser el siguiente: Si tiene fe de que Cristo es su Vida, esa misma fe debe emplearla para que Cristo también sea su vivir y si Cristo es su vivir, entonces, experimentará la victoria. ¡Alabamos a Dios porque Cristo es nuestra vida, nuestro vivir, y nuestra victoria!

Ahora bien, hay un conflicto entre que Cristo sea nuestro vivir y el hecho de experimentar la Vida de victoria. Tal conflicto somos nosotros mismos. ¿Por qué? Porque ahora que Cristo es nuestro vivir, Él quiere expresar Su vivir en una vida victoriosa. Si pensamos en la vida de nuestro Señor Jesucristo cuando Él

estuvo en la tierra, podremos darnos cuenta que toda la vida del Señor fue victoriosa. Él venció a Herodes cuando era sólo un niño, así mismo venció a los fariseos, a los escribas y a todos los religiosos de su tiempo, él azotó, castigó y echó a todos los cambistas del templo, desafió a Herodes siendo ya grande, venció los argumentos de Pilato, Anás y Caifás, venció en la cruz del calvario a Satanás y sus demonios, venció al pecado, y finalmente venció a la muerte con Su resurrección. Él fue un vencedor, de manera que Su vida resucitada y dispensada a nosotros, también es vencedora. Si Cristo es nuestra Vida y nuestro vivir, ¿Qué va a sucedernos? Seguro que venceremos.

Hermanas, el Señor quiere expresar Su victoria en sus casas, por eso les manda a que sean mansas, humildes, sumisas, calladas, abnegadas, no chismosas y amadoras del Señor. Él venció y quiere, también, expresar Su victoria en ustedes. Hermanos varones, el Señor quiere ser su victoria, Él quiere hacerlos victoriosos. Él quiere que tengan victoria sobre los vicios, la concupiscencia, el adulterio, la pereza, etc. Si Cristo vive en ustedes, Él quiere expresar Su victoria a través de ustedes. Hermanos, si Él es nuestro vivir, Él nos sacará de la depresión, de la falta de paz, del estrés, etc. ¡Aleluya! Todo lo que el Señor viva en nosotros será victoria.

Como ya dijimos, el problema que tenemos entre esta maravillosa realidad y la experiencia somos nosotros mismos. Cuando la raza humana cayó (en Adán), todos los seres humanos quedamos configurados para la depresión, la derrota, la desgracia, etc. y para terminar de hacer más caótica la situación, vivimos, practicamos y nos entrenamos para tales pecados. De allí que nuestras lenguas se volvieron hábiles para el chisme,

nuestros pies se volvieron presurosos para ir al mal, transitamos caminos de perversidad, mentimos, codiciamos y nos desenfrenamos en muchas cosas más. En fin, podemos decir que nos degradamos en extremo en el pecado. Si no lo creemos, leamos lo que dicen los siguientes versos:

Romanos 3:9 “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. v:10 Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; v:11 No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. v:12 Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. v:13 Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; v:14 Su boca está llena de maldición y de amargura. v:15 Sus pies se apresuran para derramar sangre; v:16 Quebranto y desventura hay en sus caminos; v:17 Y no conocieron camino de paz. v:18 No hay temor de Dios delante de sus ojos”.

Esta es la descripción que la Biblia hace de los mortales. Este es el punto que en realidad debemos tratar, pues lo mismo que nosotros somos, es lo que no permite que experimentemos la victoria de Cristo en nuestro vivir. En otras palabras, el problema es nuestra alma, nuestro ser interior, nuestros miembros que están vendidos al pecado, nuestra conciencia cauterizada, nuestro ser que no está en armonía con Cristo. Es un craso error decir: “yo necesito que Dios me perfeccione”, no se equivoque, eso jamás lo hará Dios, lo que usted necesita es ser “purificado”. Pensemos en el siguiente ejemplo: Si guardamos una taza con café en la refrigeradora y la dejamos allí por cinco años, hagámonos esta pregunta: ¿Será que algún día la taza se convertirá en café? Seguramente que no, y no nos interesa que

esto suceda porque no necesitamos darle una mordida a la taza para tomar el café, lo único que necesitamos es que la taza esté en buen estado para que sea capaz de retener el café y para que podamos usarla para tomar café. Pero si ponemos el café en una taza que está rajada, ¿Será que el café va a durar todo el tiempo allí? Seguramente que no, por lo tanto, lo que necesitamos no es que la taza se convierta en café, si no únicamente que la taza esté apta para retener el café. Así sucede en lo espiritual; Dios no busca que nosotros seamos perfectos (en el término que nosotros entendemos la perfección) lo que Dios sí quiere de nosotros es que estemos purificados para que armonicemos con la Vida victoriosa que Cristo quiere que experimentemos. Por eso podemos decir que la purificación no implica un cambio de naturaleza, ni mucho menos una transformación; sino una armonización.

Ser purificados no es hablar de una transformación o un cambio de naturaleza, sino una armonización que permita que nuestro ser natural no sea un estorbo, en otras palabras, es adquirir una limpia y buena conciencia para con Dios. Esto es lo que el Señor pretende que suceda cuando tratamos nuestros pecados delante de Él, que adquiramos una buena y limpia conciencia.

5.- PARA DIOS, LA PURIFICACIÓN TIENE COMO OBJETIVO LA RESTAURACIÓN DE UNA LIMPIA CONCIENCIA.

No vamos a profundizar en hablar sobre la limpia conciencia porque es un tema muy amplio y nos desviaríamos del tema central que estamos tratando. Pero a grandes rasgos miremos ciertas cosas. Leamos los siguientes versos:

Hebreos 9:13 “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, v:14 ¡cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

El verso 13 nos habla de la antigua economía, del Antiguo Pacto, donde había sangre de machos cabríos, de toros, ovejas y aún de la ceniza de la becerra rociada sobre los que se habían contaminado, tales sacrificios santificaban a los hombres de una manera externa, pero cuanto más efectiva es hoy la Sangre del Nuevo Pacto, es decir, la sangre de Cristo. Según lo que acabamos de leer, la sangre de Cristo purificará nuestras conciencias de obras muertas para servir al Dios vivo. Hermanos, según estos versos, la purificación es una restauración. Por eso decíamos anteriormente que para Dios la purificación tiene como objetivo la restauración de nuestra conciencia ante Él. Es necesario que cuando nosotros arreglemos nuestra situación pecaminosa ante el Señor, nos demos cuenta que el fin es ser purificados. Ocupémonos de alcanzar una limpia conciencia y un corazón puro delante de Dios. Esto se da por medio de la sangre de Cristo

que opera constantemente sobre nosotros. Leamos lo que nos dicen los siguientes pasajes:

1 Timoteo 1:3 Como te rogué al partir para Macedonia que te quedaras en Efeso para que instruyeras a algunos que no enseñaran doctrinas extrañas, v:4 ni prestaran atención a mitos y genealogías interminables, lo que da lugar a discusiones inútiles en vez de hacer avanzar el plan de Dios que es por fe, así te encargo ahora. v:5 Pero el propósito de nuestra instrucción es el amor nacido de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera. (LBLA)

Note que en este pasaje el Apóstol Pablo está hablando de hacer avanzar el plan de Dios. Si usted consulta en el original (griego), esa palabra “plan” está referida en el Sistema de Strong’s G3622 **οἰκονομία** oikonomía; de G3623; *administración* (de una familia o propiedad); espec. «*economía*» (relig.): -mayordomía, administración, comisión, dispensación. Entonces, podemos entender que el Apóstol Pablo dice que debemos hacer avanzar por fe la “oikonomia” de Dios. Ahora bien, agrega en el v:5 *“Pero el propósito de nuestra instrucción es el amor nacido de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera”*. En otras palabras, el propósito por el cual predicamos el Evangelio no es para que usted se llene de conocimiento y que termine envanecido y orgulloso, sino que usted termine con un corazón puro, con una limpia conciencia y con una fe no fingida. Una vez más, volvemos al punto que venimos tratando, el objetivo del Señor es la Purificación.

6.- LA PURIFICACIÓN TIENE UNA ESFERA DE ACCIÓN: LA COMUNIÓN CON LOS HERMANOS.

Volvamos una vez más al pasaje de Hebreos 9:13 “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, v:14 ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

1 Juan 1:7 “pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. Andar en luz es estar en Cristo y si estamos en Él, tenemos comunión los unos con los otros. Sólo cuando estamos en la dimensión del Cuerpo de Cristo, es que realmente Su sangre nos purifica, nos restaura y nos lleva al estado en el que armonizamos con Su vivir victorioso.

Entonces, podemos decir que la esfera, el lugar, o el ambiente donde se da la purificación para nosotros es el Cuerpo de Cristo. Es posible que su vida se pueda purificar a solas entre usted y Dios, pero no solo (independiente). En otras palabras, usted puede purificarse, es más, esto es un asunto que debemos hacer personalmente, pero eso no quiere decir que la purificación sea un aspecto individualista. Es usted quien tiene que arreglar el asunto de la purificación con Dios, ningún otro hermano tiene que ver en “su” purificación, solo Dios y usted saben que cosas tienen que ser purificadas, pero esto sólo será posible si permanecemos en la esfera del Cuerpo de Cristo. Nadie que se

aleja del Cuerpo de Cristo puede alcanzar una verdadera purificación.

Existen hermanos que se van a pecar al mundo y hasta le dicen a los hermanos: “hay le piden a Dios que me perdone...”, los hermanos amorosamente le dicen: “hermano, mejor vuélvase al Señor, regrese a la Iglesia”, y ellos contestan: “después que haga otro par de cositas llegaré de nuevo...”. Ellos dicen eso porque piensan que todo se arregla pidiendo perdón de sus malas obras, no saben que lo que deben buscar es la purificación. Estas son almas que siempre estarán vagando en las tinieblas del pecado porque la victoria sólo la experimentarán los que perseveran en la esfera del Cuerpo de Cristo.

7.- UN CORAZÓN PURIFICADO DE MALA CONCIENCIA VA DE LA MANO CON LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS.

Miremos un asunto tremendo y maravilloso que nos agrega el escritor en *Hebreos 10:22* “*acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. v:23 Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. v:24 Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; v:25 no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca*”.

Examinemos el pasaje detenidamente. Dice el v:22 “*acerquémonos con corazón sincero*” Obviamente, a quien tenemos que acercarnos es a Dios. Luego dice: “*...en plena certidumbre de fe*”.

Sabemos que sin fe es imposible agradar a Dios. Pero reparemos para el caso de nuestro estudio, principalmente, en la frase que continúa: “... *purificados los corazones de mala conciencia...*” Por el método de la deducción podemos decir que un corazón no purificado es un corazón que tiene una mala conciencia. Luego dice: “...*y lavados los cuerpos con agua pura*”. ¿Qué significa esto? El cuerpo es la parte de nuestro ser que nos comunica con el exterior; esto significa que estamos limpios de pecado si en la conciencia sabemos que no hemos obrado lo malo. Hermanos, estos versos nos hablan en realidad de dos cosas básicas; por un lado, de una actitud externa que está evitando hacer lo malo; pero por otro lado, una actitud interna que nos dicta que tenemos nuestra conciencia arreglada, limpia y acorde al corazón de Dios, así es como debemos acercarnos al Señor en lo personal.

Ahora bien, el punto que queremos tratar es que un corazón purificado de mala conciencia siempre estará ligado al asunto de la comunión con los santos, por tal razón sigue diciendo el escritor a los Hebreos en el v:23 “*Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.* v:24 *Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras*”. Lo que podemos entender en el contexto de lo que hemos venido leyendo es que si las personas de la congregación buscan la purificación, seguramente terminarán estimulándose los unos a los otros al amor y a las buenas obras.

El resultado de caminar con el Señor, de buscarlo, de estar en intimidad con Él, de adorarlo, de alabarlo, de proclamarlo en las reuniones será que nos amemos unos a otros. Si no tenemos el fruto del amor como Iglesia, sólo vivimos engañados y no estamos

haciendo mayor cosa. De nada sirve cantar, profetizar y ejercitar cualquier tipo de don si no hay amor. El Apóstol Pablo dice en *1 Corintios 13:2* “Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy”. Si a nosotros no nos crece el amor por los hermanos, muy probablemente no nos estamos acercando a Dios por el camino que Él quiere que lo encontremos.

Todos estos aspectos que mencionan estos versos acerca de mantener un corazón puro, una buena conciencia, un cuerpo lavado con agua pura y mantener firme la profesión sólo se dan dentro de la esfera del Cuerpo de Cristo. No es cierto que estemos siendo purificados si no nos congregamos con los santos. El mismo escritor, bajo el mismo contexto, nos dice en *Hebreos 10:24* “Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; v:25 no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”.

Como en la mayoría de iglesias sucede, siempre están los que tienen la costumbre de no congregarse, pero sin juzgar a otros, preguntémonos: ¿Tenemos por costumbre el no congregarnos? Algunos dirán: “yo me congrego cuando siento”, aquí no dice que hay que sentir deseos de congregarnos; la costumbre no es un sentir, la costumbre es un hábito. Tanto puede llegar a ser un hábito, el congregarse, como el hecho de no hacerlo. Usted no puede refutar este pensamiento diciendo que esto es religiosidad. Nosotros comemos y dormimos en ciertas horas del día, no porque sintamos, si no porque habituamos nuestro cuerpo a sentir dichas necesidades en ciertas horas específicas.

Igualmente, usted debe forcejear su ser natural para que se le haga una costumbre congregarse con los hermanos, porque igualmente corre el riesgo de que se le haga una costumbre “no” congregarse.

Hermanos, exhortémonos unos a otros a no faltar a las reuniones. Procuremos “no” hacer muchas reuniones, si no las que se puedan desarrollar estando todos juntos. Hay iglesias que tienen hasta doce reuniones a la semana, sólo pasan reunión tras reunión, con el único detalle a observar que la mayoría de hermanos sólo asisten a una de las doce reuniones. Es preferible que mengüemos en cantidad, pero que elevemos la calidad de nuestras asambleas. Seamos más sólidos en el contenido de nuestras reuniones; siempre ocupémonos de traer algo para proclamar a Cristo. Que nuestras bocas sean instrumentos claros y certeros para profetizar de parte del Señor. Tanto los grandes como los pequeños, los hombres como las mujeres, no se queden enmudecidos. El punto principal es “no perder la costumbre de congregarnos”. Que cada vez que no asistamos a una reunión sea porque verdaderamente no pudimos, y no porque no hayamos tenido el sentir (deseos) de congregarnos.

8.- ACERCA DEL PECADO EN CONTRA DEL CUERPO DE CRISTO.

Hagamos una comparación de Hebreos 10:26 en dos distintas versiones de la Biblia para que tengamos mayor claridad al respecto.

LA BIBLIA DE LAS AMERICAS

“Porque si continuamos pecando deliberadamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio alguno por los pecados”,

BIBLIA TEXTUAL

“Porque si continuamos pecando voluntariamente...”

Antes de tocar estos versos, pregúntese: ¿Usted peca deliberadamente, peca sin darse cuenta, o peca cuando no puede resistirse? Algunos llegan al descaro de decir: “ni sentí que quince cervezas me tomé”. Veamos qué nos dice la Escritura al respecto para que no nos volvamos hipócritas, si no que en realidad nos demos cuenta cómo es que pecamos.

Dice Santiago 1:13 *“Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; v:14 sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. v:15 Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”*

Con este pasaje nadie tiene excusa de decir que pecó sin darse cuenta. El hombre peca cuando es llevado y seducido por su propia pasión. En otras palabras, todos participamos activamente en nuestros pecados. Aceptemos que cada vez que nos inclinamos a favor de nuestra carne y aprobamos los deseos de ésta, cometemos pecado. Acerca de esto dice el Apóstol Pablo en *Romanos 6:12* “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias...”; en otras palabras, todos los que habitan en cuerpo de carne tienen lujurias de todo tipo. La lujuria es el anhelo, deseo, codicia, o pasión de la carne. La lujuria no significa sólo el aspecto de la inmoralidad sexual, sino por ejemplo, alguien puede tener lujuria por las modas, para otros su lujuria puede ser ver televisión, para otros pueden ser los juegos de azar, para otros puede ser el fútbol, la comida, en fin, cada quien puede tener distintas lujurias y al aprobar tales deseos carnales desmedidos, se cae en pecado. Si el pecado reina en nuestro cuerpo mortal, lo obedeceremos en sus lujurias. Somos nosotros los que decidimos, sí o no, presentamos los miembros de nuestro cuerpo para que obedezca las lujurias de la carne.

Volviendo a Hebreos 10:26, dice la BIBLIA TEXTUAL: “*Porque si continuamos pecando voluntariamente...*” Pongamos atención a la palabra “voluntariamente”. El hermano Marvin Véliz dijo en una ocasión: “... después de años de considerar este pasaje, yo pude llegar a la sana conclusión que el pecado del que está hablando, es el pecado de alejarse voluntariamente de la congregación”. Ya vimos que todos participamos voluntaria, total y activamente en el pecado, a causa de que nosotros decidimos inclinarnos a las lujurias de la carne, por lo tanto, éste pecado del que está hablando es el pecado voluntario de alejarse de la congregación.

¿Qué sucede cuando alguien se aleja de la congregación? Lo que sucede es que *“después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio alguno por los pecados sino una horrenda expectación de juicio y la furia de UN FUEGO QUE HA DE CONSUMIR A LOS ADVERSARIOS”*. En este plano queda todo aquel que voluntariamente decide alejarse del Cuerpo de Cristo.

Hermanos, no entremos en contrariedades con Dios. Seguro llegará el día en que Dios va a levantar Su mano en contra de nosotros a causa de este pecado. Si Dios nos manda a los padres naturales a que les demos vara a nuestros hijos, seguro que Él también lo hará y con un margen de justicia mucho más elevado que el nuestro. Por eso dice que cuando alguien comete ese pecado, la parte que le toca es: *“la furia de UN FUEGO QUE HA DE CONSUMIR A LOS ADVERSARIOS”*.

Además dice Hebreos 10:28 *“El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. v:29 ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? v:30 Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo”*.

¿Cuándo pisoteamos bajo nuestros pies al hijo de Dios? La única manera de hollar al Hijo de Dios en este tiempo es en Su Cuerpo que es la Iglesia. Hoy en día sólo hallamos al Hijo, aquí en la tierra, en Su Cuerpo. Hollar al Hijo es despreciar a nuestros hermanos. Con tal actitud es que alguien puede llegar a tener *por inmunda la sangre del pacto por la cual fue santificado, y ultrajar al Espíritu*

de gracia. Si cometemos tal pecado, muy seguro encontraremos al Dios que dijo: “*MIA ES LA VENGANZA, YO PAGARE. Y otra vez: EL SEÑOR JUZGARA A SU PUEBLO*”. Muchos piensan que este verso está diciendo que Dios se va a vengar de todos los incrédulos mundanos que no creen en Él. ¡No!, ¡Alto!, lea bien. El verso dice: “Él juzgará a Su pueblo”. Él juzgará a Sus hijos que cometen tal impiedad, este juicio es para los hijos de Dios. Hermano querido ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! Entonces ¿Para qué necesitamos un corazón purificado, una buena conciencia y mantenernos en la esfera del cuerpo? Para que podamos servirle a Dios y no terminemos fuera de Su Cuerpo bajo una horrenda expectación de juicio.

9.- NUESTRO VERDADERO PROBLEMA CON EL PECADO.

1 Juan 1:8 Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.

Mire qué precioso el entendimiento que nos da este verso. Si lo leemos detenidamente, el verso dice: “*Si decimos que no tenemos pecado*”. Por alguna razón, la mayoría hemos deducido que este pasaje dice: “*si decimos que no hemos pecado*”; pero la Biblia no dice “que no hemos pecado”, sino “que no tenemos pecado”. Hay un comentarista que dice: “la elección de las palabras es significativa, Juan dice: no tenemos pecado, pero no escribe no pecamos”. El sustantivo “pecado” describe la causa y la consecuencia de un acto, en otras palabras, está describiendo la naturaleza por la cual pecamos. Cuando se usa como verbo, o sea, “pecar”, esta palabra describe la acción en sí misma, pero el verso 8 no está hablando de las obras pecaminosas, sino que está

hablando de la condición pecadora de nuestra naturaleza. La clave está en darnos cuenta que la palabra es un sustantivo y no un verbo.

Bajo este entendimiento podemos ver que el Apóstol Juan no está diciendo: “si nosotros decimos que no hemos hecho nada malo...”, más bien lo que el Apóstol Juan quiso decir es: “si decimos que en nuestra naturaleza no hay pecado, *nos engañamos y la verdad no está en nosotros*”. Saquémonos de nuestra cabeza esa manera errónea de entender este verso. El hecho de que el verso diga que “no tenemos pecado” no nos da el derecho de entenderlo como que “no hemos pecado”. Esto es necesario aclararlo para no pensar que nuestra naturaleza no tiene latente, en sí, el problema del pecado. Hagámonos una pregunta: ¿Si usted no hiciera nada malo, tuviera claro en su conciencia de todos modos que es pecador? o ¿Usted tiene que pecar propiamente para saber que usted es un pecador? Desgraciadamente, una gran mayoría de creyentes sólo se dan cuenta de quienes son a causa de lo que hacen. El error de esto es que muchos llegan a creer que la naturaleza mortal que tienen puede llegar a perfeccionarse. ¿Es usted de los que cree que después de cinco años de estar en la Iglesia es mejor persona que antes de ser convertido? Si usted cree esto, está errado. Usted sigue teniendo la misma naturaleza de bajeza que tenía antes de convertirse, aún así tenga veinte o treinta años de haber conocido al Señor.

Hermano, la naturaleza humana no puede perfeccionarse. La Vida en Cristo no se trata de llegar a tener una vida modificada o transformada, sino una vida intercambiada con la de Él. Pablo dijo en *Romanos 7:18* “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el

bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo". ¿Ha llegado usted a tal conclusión? ¿Puede usted decir: *“yo sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita nada bueno?* Nosotros sólo podemos ser purificados cuando reconocemos tal realidad. Nuestro verdadero problema con el pecado no es lo que hacemos, si no lo que somos.

10.- LA CONFESIÓN: LA SOLUCIÓN A LOS PECADOS.

Con este siguiente verso vamos a desentrañar cómo el Apóstol Juan nos muestra la solución a los pecados:

1 Juan 1:9 “Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

El camino a seguir para darle una solución a los pecados, nos la muestra Juan en el verso anterior. La clave es: “confesar”. Nuestro gran problema es que pedimos perdón, pero no confesamos nuestros pecados. El Apóstol Juan no dice que debemos pedir perdón, sino que debemos confesar nuestros pecados delante del Señor.

Al igual que estudiamos la palabra “purificación”, la palabra CONFESAR tiene un significado más profundo que un simple acto de pedir perdón. Nosotros pensamos que para solucionar los pecados lo que debemos hacer es pedir perdón. Muchas veces oramos: “¡Señor, he pecado, perdóname!, voy a ayunar, voy a andar afligido, pero perdóname”. Ya casi que decimos la tan conocida frase “por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...” y después de eso pensamos que el asunto ya fue solucionado. Cuán

lejos podemos estar de hallar la verdadera solución si sólo pedimos perdón. Esta posición sólo deja en evidencia ciertas cosas malas de nuestra vida, como por ejemplo:

a) *La ignorancia en cuanto a Su palabra*: Si yo pecco y voy delante del Señor sólo a pedirle perdón, esto muestra que aparte de pecador, soy un ignorante. La Biblia dice que eso por lo que voy a pedir perdón ya me lo perdonó él Señor. Leamos los siguientes versos:

Hebreos 9:24 “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; v:25 y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. v:26 De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”.

Dicen estos versos que bastó un solo sacrificio y “una sola vez” para destruir el pecado, que no sucedió como en el Antiguo pacto que había que estar sacrificando miles de animales, sino que Él padeció una sola vez, de lo contrario, Él tuviera la necesidad de estar sufriendo muchas veces. Si Cristo tuviera que perdonarnos cada vez que pecamos, Él tendría que seguir sufriendo hasta el día de hoy y quien sabe cuántos años más. Pero esto no es así, de *una sola vez en la consumación de los siglos, se ha manifestado para destruir el pecado por el sacrificio de sí mismo.*

Una sola vez le bastó al Señor padecer para que el problema del pecado fuera destruido. La palabra “destruir” en el griego (Sistema de Strong’s) G115 ἀθέτησις adsétesis; de G114; significa: “quitar, anulación, absolución, abolición”. Quiere decir que cuando Cristo murió, él “quitó” el pecado. Si cuando pecamos, lo único que hacemos es irle a pedir perdón al Señor, somos ignorantes de las Escrituras. Hermanos, no ignoremos. Dios no quiere que lleguemos a pedir perdón por nuestros pecados porque ya nos perdonó, Él quiere que nos acerquemos a confesar nuestros pecados. En otras palabras lo que debemos buscar no es el perdón, si no la purificación.

b) *Manifestamos una actitud de egocentrismo.* Cuando procuramos únicamente el perdón, sólo estamos queriendo evitar el amargo fruto y las consecuencias que nos vienen a raíz de haber pecado. Lo que nos preocupa es evitar el castigo a raíz de haber hecho algo malo, pero muchas veces, no buscamos ni en lo más mínimo ser purificados. Como una vez dijo un hermano: “lo que andamos buscando ante el Señor es licencia para seguir pecando”.

c) *Manifestamos falta de fe, y un alma acusada que no tiene su confianza en la obra redentora del Señor.*

11.- ¿QUÉ IMPLICA LA CONFESIÓN?

La confesión es una declaración consciente y detallada de nuestros pecados. ¿Qué quiere el Señor que hagamos cuando pecamos? Que vayamos a Su presencia con integridad en nuestra conciencia y confesemos detalladamente nuestros pecados, que le digamos claramente aquellas cosas pecaminosas que hemos hecho, ¿Con qué fin? Con el fin de estar conscientes de lo que es nuestra naturaleza de bajeza. Si así hacemos, tendremos como resultado la purificación de nuestros pecados.

Dios quiere que usted entre en conciencia de lo que hace. Imaginemos que el hermano “fulano” mintió y fue sorprendido en la mentira. La reacción inmediata de él es pedirle perdón al Señor por haber mentado, ¿Qué pretende en realidad? En el fondo es pedir perdón para que no le pase nada por haber mentado. Pero si él viene delante del Señor y confiesa su mentira, y dice: “Señor, lo que hice aquel día, lo elaboré en mi corazón, maquiné tal mentira para dañar al hermano, porque en el fondo de mi corazón yo lo aborrezco...”. ¡Ah!, ahora resulta que el meollo del asunto es que él miente porque aborrece a su hermano. Probablemente, al estar confesando también diga: “... y Señor, me da envidia lo que él tiene, cómo le va de bien, cómo está creciendo en Ti, en la realidad, le tengo envidia en mi corazón...”, Si confiesa detalladamente su pecado va a descubrir quién es realmente. Es al estar en esta condición, que Dios puede purificar nuestros corazones y darnos una limpia conciencia. Por eso pedir perdón por el pecado no es la solución, la solución es confesar el pecado. Dice un hermoso pasaje en Proverbios 28:13 *“El que encubre sus*

pecados no prosperará, mas el que los confiesa y los abandona hallará misericordia”.

ÉL ES FIEL Y JUSTO CON AQUEL QUE CONFIESA SU PECADO.

Para seguir en orden la explicación, comentemos la frase de *1 Juan 1:9* “*El es fiel y justo...*”

ÉL ES FIEL

Lo que el Señor procede a hacer con aquel que confiesa su pecado está basado, primeramente, en Su fidelidad. El Señor no es infiel como para dejar que nos hundamos en nuestros pecados, Él estará siempre al tanto de nosotros. Dice *2 Timoteo 2:13* “*si somos infieles, El permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo*”. Dios es tan fiel con nosotros que estará procurando hacer algo para que nosotros seamos restaurados.

EL ES JUSTO

Dios es justo porque convirtió la salvación del hombre en un acto de justicia. Dice *Romanos 3:24-26* “*Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, v:25 a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, v:26 con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús*”. ¿Cómo nos perdonó el Señor? Por un acto de justicia. Él es Fiel por

cuanto no se olvida de nosotros, y es Justo porque la salvación, el perdón y la redención es un acto de justicia del Señor para nosotros.

CÓMO TRATA DIOS NUESTROS PECADOS.

Ahora sigamos con la frase de *1 Juan 1:9* “...para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

Aquí está la parte más conflictiva que queremos explicar. Con todo lo que le hemos visto anteriormente, si leemos este pasaje a primera vista, seguro que encontramos un gran problema de interpretación con el hecho de que nos diga este verso que “Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados”. Acá dice que si confesamos los pecados, Él nos perdona; pero en la carta a los Hebreos leímos que Él ya nos perdonó. ¿Cuál de las dos cosas debemos creer? Si de una sola vez el Señor ya pagó todo en la cruz, ¿Por qué tengo que pedir perdón?, y si ya todo lo arreglaron ¿Por qué nos tiene que volver a perdonar el Señor? Nuestra explicación muchas veces es: “Nos perdonaron jurídicamente para efectos de salvación eterna pero nos tienen que volver a perdonar para efectos de comunión”. Pero veamos qué es lo que realmente nos dice la Escritura.

Al investigar la palabra “perdonarnos”, podemos darnos cuenta que en el griego esta es una palabra que funciona como un “comodín”. Es como cuando usted dice: “alcánceme esa cosa...” ¿Qué significa “cosa”? Una “cosa” es cualquier “cosa”. La palabra “cosa” puede ocuparse para muchas “cosas” a excepción de personas o seres vivos. Pues, así mismo es esta palabra

“perdonarnos” es muy amplia en su significado. En el Compendio del Diccionario Teológico encontramos que esa palabra, el lema transliterado es “*aphiémí*”, que son varias palabras familiares como: *remitir, perdonar, perdón, dejar, etc.* En el uso griego significa enviar y dejar ir. Puede tener matices tan variados como soltar, lanzar, dejar así y perdonar. ¿Nota usted cuan amplia es esta palabra? “*apesís*”, que es la misma raíz, pero menos común, se usa para liberar de un cargo, una obligación, una deuda. Significa enviar con matices tales como: dejar atrás, abandonar, dejar así, desistir, remitir. En muchas ocasiones significa, liberar de una culpa, pero también significa alejar. Es como si dijera alguien: “yo perdono a mi hermana por su agravio y la libero de su culpa; que las cosas queden como que nunca pasó nada”. Esto significaría la palabra “perdonarnos” que se usa en 1 Juan 1:9. También esta misma palabra puede significar “alejar”. La podemos utilizar, por ejemplo, si a alguien le calló una brasa en el cuerpo y se le pegó, venimos y con algún trapo la agarramos, la tiramos y la alejamos de él; eso también significaría esta palabra perdonar.

Entendiendo lo anterior, lo que dice *1 Juan 1:9* “... *El es fiel y justo para perdonarnos...*” No debemos de interpretarlo como que Él nos perdona propiamente, pues esto ya lo hizo hace dos mil años en la cruz, lo que debemos entender es que Él nos aleja el pecado. No se trata de perdonarnos en el sentido de liberarnos de culpa si no de alejarnos del pecado.

¿Cuántos están conscientes que hay pecados que por más que lo intenten no los pueden dejar? Pero Él es fiel y justo para que a través de Su Vida y Su vivir, el fluir de Su gracia, acorde a la medida en la que busquemos ser purificados en nuestro corazón,

confesemos lo que somos y reconozcamos que “no” podemos abandonar el pecado, Él nos puede alejar de ese pecado.

Cuando confesamos nuestros pecados se desata la gracia del Señor. ¿Sabe por qué Dios muchas veces no aleja el pecado de nosotros? Porque nosotros no queremos reconocer quiénes somos; no estamos conscientes de lo que somos. Pero cuando entramos en esa conciencia, Él puede alejar el pecado de nosotros ¿Cómo va a alejar el Señor lo que no tenemos conciencia que debe de estar lejos de nosotros? Pero si entramos en esa conciencia, Él es fiel y justo para alejarnos del pecado.

“ÉL NOS LIMPIA DE TODA MALDAD”

Para terminar de estudiar 1 Juan 1:9, cerremos con esta frase que dice: “... *limpiarnos de toda maldad*”. Esta palabra limpiarnos es la misma que significa “purificarnos”, para probar esto verifique esta palabra en el griego, es la referencia **G2511 καθαρίζω** kadsarízo; de G2513; *limpiar* (lit. o fig.): -hacer (limpio), limpiar, limpio, desaparecer, purificar. Esta es la misma palabra que estudiábamos al inicio en el v:7 “... y la sangre de Jesús su Hijo nos *limpia de todo pecado*”, la cual entendimos que significaba “purifica”. De manera que pudiéramos traducir el v:9 de la siguiente manera: “El es fiel y justo para alejar nuestros pecados y para purificarnos de toda maldad que hay en nosotros”.

Hermano, se ha preguntado usted, ¿Por qué después de años de caminar con el Señor, lejos de dejar las obras pecaminosas, llega un momento en nuestra vida cristiana que mas “mañosos” nos volvemos? Razón tenía el Apóstol Pablo en decir: “... *el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros*” (Romanos

2:24) y agrega en otro pasaje que hay pecados que suceden en la Iglesia “... cual ni aún se nombran entre los gentiles” (1 Corintios 5:1) ¿No le asusta a usted cómo es que podemos ir creciendo en la maldad?, ¿Cómo es que estando en la Iglesia lo pícaro no se nos quita? Aunque lloramos, nos tiramos al suelo, y hagamos el intento de ya no fallar, seguimos pecando. ¿Sabe por qué nos sucede esto? Porque no hemos tratado adecuadamente el pecado. A estas alturas, con tantos años de caminar con el Señor, nuestras vidas deberían ser otras. Pero como no hemos tratado el pecado conforme al corazón de Dios, el orgulloso se va haciendo más orgulloso, el que es mentiroso, se vuelve más mentiroso, las hermanas que eran rebeldes ahora son descaradamente rebeldes, unos empezaron tomándose un trago de tequila y ahora se toman la botella... cada quien pareciera que se va haciendo más experto en el pecado. Definitivamente no estamos tratando el pecado como Dios quiere. Empiece a practicar la confesión y se dará cuenta que la conciencia que esto nos trae ante el Señor, purifica nuestras vidas y permite que el Señor aleje el pecado de nosotros.

Terminemos con una frase que nuestro hermano Marvin Véliz dijo en la Iglesia local de El Congo: “Si usted se dedica sólo a pedir perdón, aunque reconozca lo que haga, no es mejor que Judas el Iscariote (el discípulo que entregó al Señor)”. Recuérdese que Judas fue un codicioso que vendió a Su maestro. Él negoció la entrega de Jesús por treinta monedas de plata. Sin embargo, “...viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú! Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó. (Mateo 27:3-6) ¿Por qué Judas no encontró restauración si regresó arrepentido?, es más, confesó lo que había hecho, sólo que

no terminó el proceso, es decir, no se purificó. Si Judas hubiera aceptado no sólo sus malos actos, si no también lo que él era, hubiera encontrado una purificación para su alma y no se hubiera ahorcado. ¿Sabe por qué se ahorcó? Porque no soportaba la idea que los demás se dieran cuenta que no era tan perfecto como él se consideraba. Hermano, el hecho de que usted peque y después vaya ante el Señor llorando amargamente, eso no lo hace ni una gota mejor que Judas. Tratemos adecuadamente nuestro pecado y seremos restaurados.

Dos cosas finales que debemos tomar en cuenta. Lo que dice *1 Juan 1:8* “*Si decimos que no tenemos pecado*”, y lo que dice *1 Juan 1:10* “*Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a El mentiroso y su palabra no está en nosotros*”. El que dice que no tiene pecado se engaña a sí mismo y el que dice que no ha pecado (que no ha hecho obras pecaminosas) hace a Dios mentiroso. Entonces, debemos purificar nuestras vidas confesándole al Señor lo que hacemos hasta el punto de ver lo que somos. Si así hacemos, “*El es fiel y justo para alejar nuestros pecados y para purificarnos de toda maldad que hay en nosotros*”.

¡Dios les bendiga!

Contenido

INTRODUCCION:	3
DESARROLLO:	5
1.- PARA NOSOTROS, NORMALMENTE LA SITUACIÓN DE LOS PECADOS ESTIBA EN EL ACTO MISMO DE LAS OBRAS PECAMINOSAS QUE HACEMOS.	6
2.- EL PROBLEMA DE NO SENTIRNOS PERDONADOS NO SE ORIGINA EN DIOS.	6
3.- LA PURIFICACIÓN.....	9
4.- LA PURIFICACIÓN IMPLICA UNA PUREZA QUE NOS LLEVA A UNA CONSAGRACIÓN.	13
5.- PARA DIOS, LA PURIFICACIÓN TIENE COMO OBJETIVO LA RESTAURACIÓN DE UNA LIMPIA CONCIENCIA.....	17
6.- LA PURIFICACIÓN TIENE UNA ESFERA DE ACCIÓN: LA COMUNIÓN CON LOS HERMANOS.	19
7.- UN CORAZÓN PURIFICADO DE MALA CONCIENCIA VA DE LA MANO CON LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS.	20
8.- ACERCA DEL PECADO EN CONTRA DEL CUERPO DE CRISTO.	24
9.- NUESTRO VERDADERO PROBLEMA CON EL PECADO.	27
10.- LA CONFESIÓN: LA SOLUCIÓN A LOS PECADOS.	29
11.- ¿QUÉ IMPLICA LA CONFESIÓN?.....	32